DAVID CASARES NICOLÍN

La Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de México, las Escuelas de Derecho de la Universidad Iberoamericana, de la Universidad Anáhuac, de la Universidad La Salle, de la Universidad Femenina de México y la Escuela Libre de Derecho, organizaron una velada en homenaje al recién desaparecido señor licenciado *David Casares Nicolín*, Rector de la Escuela Libre de Derecho, en la que el señor licenciado *Fernando Ojeto Martínez Díaz*, director de nuestra Facultad pronunció el sentido discurso que a continuación reproducimos:

Nos hemos congregado en este lugar representantes de todas las casas de estudios de Derecho, con el objeto de rendir homenaje a la memoria del maestro David Casares Nicolín. Ahora bien, lo que constituye a mi juicio, el vértice que explica la trayectoria del desaparecido Rector de la Escuela Libre de Derecho fue su consagración idealista al servicio de la justicia. Esta consagración en el ideal y la acción, presidió la existencia del hombre, del abogado, del maestro y del Rector. Por eso nuestro homenajeado mereció plenamente el alto título con que Bielsa califica a aquellos que aúnan el anhelo de servicio al prójimo en las causas de la justicia, con el amor a la ciencia del derecho: el de jurista.

El maestro Casares supo buscar infatigablemente la justicia y tuvo el mérito de plasmarla en sus actividades, por eso su obra ha trascendido la temporalidad de su creador, ha podido superar la contingencia propia de todo fenómeno humano y esta permanencia de su hacer se explica cabalmente si tomamos en consideración que los valores, aunque poseen la cualidad de adherirse a las cosas y conductas, no están sujetos al tiempo ni al espacio, ni perecen con los hombres que han sabido encarnarlos en su existencia.

Por eso pretendemos detenernos a meditar, no en la simple exteriorización del sentimiento que por hondo que sea no basta, sino en los valores que supo realizar el

maestro Casares y que como tales, es decir, por ser verdaderos valores, resultan absolutos, universales y necesarios y, por lo tanto, pueden servir para guiar nuestra conducta en el ámbito de acción correspondiente a la docencia del derecho.

De entre los valores de más alta jerarquía, nuestro homenajeado se consagró a la justicia, de la que Gómez Robledo ha podido predicar que es "tan bella y tan rara, produce tanta alegría su presencia y la escatima tanto, que con razón se ha visto en ella, desde los tiempos más remotos, algo misterioso y augusto, algo que habita en una región que por lo pronto y a beneficio de inventario podríamos llamar sobrehumana".

Debido a esa consagración a la justicia, el maestro Casares supo encontrar el ideal, pero no un ideal lejano, abstracto y hasta inalcanzable, sino aquel ideal implícito en las creencias y costumbres de la comunidad en que vivimos y esto, tan fue así, que nuestro homenajeado entre otras relevantes realizaciones, alentó desde su cargo de Rector, la democratización progresiva de su comunidad más próxima, al promover una mayor participación del alumnado en la toma de decisiones en el ámbito de la Escuela Libre de Derecho.

Pero no basta la persecución de los ideales de justicia, para poder merecer plenamente el título de jurista. El jurista es también el hombre que busca la verdad y que pone al servicio de ésta su inteligencia, su voluntad y su palabra; el cimiento sobre el que se alza la abogacía es la rectitud de conciencia, aunque a la práctica de la integridad moral como virtud esencial, han de añadirse muchas otras cualidades; como dice Ciuratti: "la honradez, la ciencia, el desvelo por la justicia, la elocuencia sólida, la dialéctica clara y profunda, el arte de la síntesis ágil, la independencia insobornable y sobre todo la veracidad, son las cualidades que deben formar, desde el comienzo de sus estudios, al futuro abogado que quiere estar a la altura de la gravedad y de la seriedad de la función pública de su profesión".

De lo anterior se desprende que el jurista tiene la obligación de cumplir en conciencia con su vocación idealista por la justicia, por lo que ha de convertirse, como el héroe de Cervantes, en caballero andante "presto a desfacer entuertos", no porque su misión consista en participar histriónicamente en la gran farsa del mundo, sino porque ha de buscar el sentido profundo y finalista del orden jurídico y realizar en la propia conducta el bien y las virtudes sobre cualquier otra consideración de inferior axiología.

Para cumplir efectivamente con la consagración idealista a la ciencia jurídica ha de concentrar su vida en la obra de la justicia, realizándola en lo concreto de la prosa diaria del oficio y sirviéndola en la práctica profesional, en el desempeño cotidiano de su puesto, cualquiera que éste sea, es decir, aplicando los principios en la obra, en la acción, en el proceder.

El jurista ha de tomar su profesión, antes que como cualquier otra cosa, como una vocación de servicio, como un apostolado; en este sentido, su primer deber es avocarse con ímpetu a la tarea de asesorar, defender, asistir y aconsejar a los que padecen "hambre y sed de justicia", donde quiera que los encuentre y cualesquiera que sea su situación económica, social o política o su credo religioso, sin desfallecer ante las dificultades que se le presenten, sin claudicar en su lucha, sin amargarse ante el fracaso, poniendo en esa misión lo mejor de sí mismo.

De ahí también que, si consideramos que la vocación jurídica es una función social, el jurista deba preocuparse por buscar soluciones a la problemática que presenta la convivencia humana en la actualidad y atendiendo al acervo cultural

que posee, colaborar con los hombres de buena voluntad que, como él, tengan puesto su empeño en realizar la justicia, a encontrar mejores formas de vida, estructuras cada vez más funcionales para encauzar y regir la conducta del hombre.

Como apunta atinadamente Couture: "Hoy y aquí, en este tiempo y en este lugar del mundo, las exigencias de la libertad humana y los requerimientos de la justicia social, constituyen las notas dominantes de la abogacía, sin las cuales el sentido docente de esta profesión puede considerarse frustrado."

Evidentemente nuestro homenajado realizó en su conducta algunos de estos valores, pero además supo transmitir su anhelo de verdad a los demás, e inclusive condujo con el ejemplo personal a sus alumnos a la práctica del bien y de las virtudes por encima de cualquier otra consideración.

En su calidad de maestro participó de aquella concepción de la vida y visión integral del mundo que podríamos denominar genéricamente "humanismo cristiano", sustentando entre otras tesis que teleológicamente el hombre debe encaminarse a encontrar el libre y armonioso desarrollo de todas sus facultades.

En sus teorías jurídicas se afilió al jusnaturalismo tradicional, subrayando, desde su cátedra de Teoría del Estado que éste no es sino un instrumento al servicio del hombre y que, por lo tanto, la finalidad específica del ente estatal es el bien común entendido como aquel conjunto de condiciones de toda índole que permiten al hombre perfeccionar integralmente su naturaleza.

En consonancia con el arraigo de sus convicciones filosóficas y religiosas, fue respetuoso con el pensar ajeno y disidente, mostrándose siempre dispuesto al diálogo, por eso su apertura espiritual nos sirve de ejemplo permanente a quienes como él consideramos que la verdad sólo se alcanza con la búsqueda y que no hay para ningún hombre garantía de haberla aprehendido, por lo que sólo en el dialéctico contacto con toda clase de ideas es posible, inclusive, fortalecer las propias.

El distinguido jurista de que hablamos se vio conmovido por el anhelo de alcanzar una rectificación del espíritu social de nuestra época, en el sentido de que se debe crear un nuevo orden que asegure a todo ser humano una vida acorde con su alta dignidad y transmitió a sus alumnos su honda preocupación social, que nosotros compartimos, plenamente convencidos de que sólo a través de un control efectivo de la socialización, entendida como multiplicación cuantitativa y cualitativa de las relaciones sociales, que permita una mayor apertura del hombre contemporáneo a las comunicaciones de la inteligencia y del amor, podremos escapar a la masificación, a la esclavitud que impone la tecnocracia y al resto de la fenomenología patológica que nos amenaza en la actualidad.

Queremos por último, llamar la atención de ustedes acerca de un hecho que estimamos de capital importancia: La circunstancia de que hoy y aquí, en el auditorio de esta *alma mater* común que es la Universidad Nacional, nos encontremos congregados representantes de todas las instituciones docentes de Derecho de la ciudad de México, para rendir homenaje a la memoria del Rector de la Escuela Libre de Derecho.

Elo muestra claramente, no sólo nuestra vocación común al servicio de la justicia, sino también la tendencia permanente a la unidad en lo esencial de la tarea académica y universitaria que se nos ha encomendado.

Consideramos que a todas las Escuelas y Facultades de Derecho del país compete la responsabilidad de una función de singular trascendencia: tenemos no sólo que formar profesionales del derecho, sino juristas, en la aceptación que hemos señalado

a ese término y de la que hablamos hace un momento. Ello implica que la formación ha de orientarse a generar en la persona la necesaria integridad moral, el respeto al ordenamiento jurídico positivo, la consagración a la justicia y un agudo sentido social que la capacite a enfrentarse a la angustiosa problemática que aqueja a nuestro país.

Lo anterior también significa que debemos sentirnos responsables del destino de esa comunidad mayor constituida por la nación y que la unidad entre nosotros es necesaria para lograr cumplir la responsabilidad que tenemos hacia ella.

Pienso que todos estamos convencidos de que es necesario incrementar, promover y alentar toda clase de actividades que continúen vinculándonos, puesto que tal como hemos dicho, sólo a través del diálogo podremos encontrar la verdad y consecuentemente contribuir de manera eficaz a la alta misión que nos reclama la nación.

Para terminar, queremos indicar que hombres como el maestro Casares alientan en nosotros la común vocación por la justicia y la fe en el porvenir que es el pensamiento idealizador por excelencia.